

LOS CAMPOS DE CONCENTRACION RECTANGULOS INFERNALES

Noticias de la Segunda Guerra Mundial

Henry Luque Muñoz*

Todo ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. En los alrededores de los campos de concentración, allí donde una fértil naturaleza amortajaba el lugar, el verde pulido esmeradamente por el verano solía teñirse de un furioso color entre gris y malva. Según la estación, el viento, la nieve o la lluvia, cumplían el desgarrador oficio de dispersar las cenizas de los humanos incinerados que volaban desde la chimenea del crematorio. Entre los más pavorosos campos, gestados por imaginaciones enfermas, establecidos inicialmente bajo la pomposa denominación de "reclusiones preventivas" y donde se realizaba de modo rutinario ese macabro oficio de la combustión, menciono a Dachau, Auschwitz, Treblinka, Belsen, Buchewald, Maidanek y Mauthausen. Resultaba un disparate descomunal admitir que seres humanos fueran reducidos por un capricho

siniestro a volutas de humo. En aquellos rectángulos infernales fueron asesinados más de doce millones de personas, entre 1940 y 1945. Esta matanza colectiva, sin antecedentes en la historia de la humanidad, tanto por la magnitud de las víctimas como por los salvajes métodos utilizados, brotó directamente de la entraña del fascismo hitleriano, como el primer paso para exterminar de la faz de la tierra a judíos, reducir la población eslava y abolir a los enemigos de Tercer Reich (los otros dos imperios que reconocían eran el Sacro Imperio Romano y el fundado por Bismarck), en un despliegue sanguinario que buscaría dominar el mundo luego de convertirlo en un desierto habitado sólo por achicharrados huesos humanos. Los campos de concentración permitían al fascismo institucionalizar uno de sus rasgos conaturales más prominentes: la violencia.

** Poeta, escritor, profesor universitario, miembro del departamento de humanidades de la Universidad Central.*

El fascismo nace, entre otras razones, de la nostalgia por la Roma imperial. Federico Nietzsche fue uno de los espejos en que se miraba. Nada le resultaba tan apetecible como el prototipo del superhombre. También el conde de Gobineau influyó en el fascismo con su teoría sobre la desigualdad de las razas humanas. Las lecturas de Spengler y Bergson avivaron, asimismo, las aspiraciones de Hitler. El nazismo alemán se proponía extender su dominio a lo largo de mil años. Y una de sus recetas esenciales radicaba en adiestrar a las muchedumbres en la necesidad de expandir el territorio de Alemania, eliminando por el camino a los "biológicamente inferiores" echando mano a ese nuevo ingrediente que le agregó el fascismo alemán al italiano: el racismo. (Un compuesto más para su cóctel apocalíptico). No es casual que hubiera tomado el signo de la cruz gamada de los arios, a los que consideraban de sangre superior. Ese saludo que conocemos en América Latina a través del cine y las fotografías consistente en extender rígidamente el brazo arriba de la cabeza con la mano abierta, era una manifestación gestual heredada de los romanos. Conviene recordar también esa manía de los fascismos de uniformarse: camisas negras en Italia, pardas en Alemania y azules en España.

¿Cómo funcionaba la máquina de muerte fascista en la Segunda Guerra Mundial? Una vez que los presos eran arrojados a los campos de concentración, se les despojaba de sus prendas y en especial de los objetos de valor. En los libros se registraban cuidadosamente los dientes de oro, a fin de arrancárselos al cautivo en cuanto fuera convertido en cadáver. Incinerados los cuerpos, los verdu-

gos pasaban las cenizas por un fino tamiz, en aras de rescatar cualquier corona áurea que se les hubiera escapado. Joyas tan singulares iban a parar al Banco Imperial. Así se entiende que para el fascismo un cadáver sólo valía cuando llevaba encima ese mineral, antaño tan apreciado por los alquimistas y los conquistadores. Entonces un muerto era sencillamente mercancía; de ahí que el recluso estuviera obligado a preservar el triste oro que llevara puesto, evitando exponerlo en las riñas carcelarias. Quien perdiera alguno de estos pequeños tesoros se aseguraba una paliza mortal. Cuando el hambre, las vejaciones, las enfermedades etc., habían convertido a los presidiarios en famélicos esqueletos, era usual que durante la noche alguien saqueara el cadáver tibio del amigo, arrancándole el diente que más brillara en la oscuridad, para canjearlo al siguiente día por una migaja de pan.

Dejar que germinaran libremente el tifo, la disentería, la difteria y la escarlatina, hasta que los contaminados se pudrieran en vida, roídos por legiones de garrapatas y chinches, constituía otra forma de apiñarlos sin demora en el otro mundo. Sobra decir que los llamados "hospitales" no eran otra cosa que blanqueadas bodegas de cadáveres. Puesto que los campos de concentración no estaban en capacidad física de mantener cantidades desproporcionadas de judíos y presos de otra índole, para los jefazos fascistas el procedimiento más funcional consistía en eliminar a diario el mayor número de personas. Es obligatorio mencionar a los estamentos que fecundó, crió y explotó el fascismo en operaciones de espionaje, represión y exterminio: la Gestapo (policía secreta

del Estado) y el sector de agentes escogidos que conformaba la no menos siniestra SS. De lejos era imposible distinguir a éstos últimos de los jefes del ejército. La única diferencia radicaba en que los de la SS llevaban el águila en la manga y los otros sobre el pecho. El diabólico Himmler, ocultaba a los ojos de los soldados alemanes la verdad de los campos de concentración, convenciéndoles de que eran establecimientos humanitarios, donde además cultivaba huertos únicos. En esto tal vez tenía razón. Quien visite hoy **Mauthausen**, situado en parajes hermosísimos, entre Viena y Linz, verá a la entrada manzanas de un color escarlata, de verdad únicas en el mundo.

Sería útil registrar también al nefasto doctor Ernst Kaltenbrunner, que murió condenado en la horca el 10. de octubre de 1946 y que impuso en el campo de Mauthausen, a través de su emisario Zieres, tres tipos de exterminio: tiro en la nuca, horca y gas. Por otra parte, las confesiones de Rudolf Hess (suplente de Hitler en el partido fascista) revelaron en el famoso proceso de Nuremberg, que siendo aquel comandante de Auschwitz, de 1940 a 1943, fueron eliminados en su cámara de gas, dos millones y medio de personas. El crematorio era otro de sus métodos favoritos. No dejaba huella aparente y ahorra el esfuerzo de enterrar a las víctimas. En los alrededores de uno de esos macabros albergues, erigido en zona pantanosa, fueron sepultados inicialmente algunos cuerpos. Cuando torrenciales lluvias se desplomaron, los cadáveres emergieron y, mecidos por el agua, avanzaron gateando hasta las propias puertas del matadero, apretujándose como un ejército de resucitados que se abre paso hacia sus verdugos.

Ahora veo fotografías que muestran a la entrada de los hornos crematorios montañas de zapatos y prendas infantiles. Alguna vez los reclusos fueron despertados por el súbito llanto de un niño. Ya habituados a esa alucinación se enternecían aceptando que se trataba de las lágrimas con las que, sus propios hijos, los empapaban desde la memoria. Alguien comprendió que esta vez no era una ilusión auditiva, amasada por la desesperación. Y era verdad. En el bloque femenino, situado no lejos de allí y separado por alambradas electrizadas, acababa de venir al mundo un ser humano, que no viviría para contar las imágenes aterradoras que se colaban por sus ojos. Entonces las autoridades apaleaban meticulosamente a la madre, por haberse filtrado al campo estando encinta —lo que era prohibido— y al niño le colgaban el triángulo verde, signo que lo identificaba como preso político. Tal vez se presumía que desde el vientre de la madre, el dulce bebé tramaba ya algún plan descabellado contra el Tercer Reich.

Los campos de concentración borraba por completo las diferencias de clase. Y la táctica de apelonar indiscriminadamente en ese mismo círculo demoníaco a gentes tan diversas como científicos, descuartizadores profesionales, artesanos, agitadores políticos, soldados, clérigos, directores de orquesta, homosexuales, etc., de diversa nacionalidad, impedía que se pudieran amotinar en virtud de un lenguaje común. Sin embargo una misma realidad los unía: el sufrimiento. Es útil señalar que en su lucha contra las guerrillas, el fascismo organizaba comandos especiales a base de delincuentes. Además de los despiadados experimentos ya mencionados, el fascismo recurría a

la invención de métodos especiales para curtir la piel humana con fines industriales. Esto sin mencionar los molinos para triturar huesos. El pelo de tantísimos despojos humanos se utilizaba para rellenar colchones y para hacer medias destinadas a las tripulaciones de submarinos. (Las dictaduras fascistas latinoamericanas, con la de Pinochet a la cabeza, han imitado numerosos procedimientos de tortura y exterminio, como los mencionados, modernizándolos aún más. Piénsese en el uso de la electricidad). Después de la guerra, un hombre llamado Sigmund Manzur, de la Facultad de Anatomía de Danzing, confesó que los nazis fabricaban jabón con grasa humana, y acto seguido, explicó públicamente la receta mientras enseñaba una muestra. El alemán medio no sabía, en tiempos bélicos, que el jabón con que se bañaba estaba elaborado con restos mortales. ¡Y ni qué decir de las billeteras y los portapapeles hechos de piel humana!

En Dachau, Treblinka y Auschwitz, murieron millones de personas por orden de un carnicero de apellido Goering. Además de ser uno de los

artífices de esos mataderos, era el sucesor oficial de Hitler, según la ley del 29 de junio de 1941. Se adornó también con el grado de mariscal y la facilidad con que bombardeaba ciudades pacíficas, entregadas al trabajo, explican que este individuo, nacido en Baviera en 1893, fuera al mismo tiempo comandante en jefe de las fuerzas aéreas de la Alemania hitleriana. Desde 1918, cuando participó en la Primera Guerra Mundial, se ganó con sobrados méritos otro título: el de criminal de guerra. Goering, solía tener en su despacho dos santos de su fervorosa devoción: los retratos de Napoleón y Mussolini y algunas sobras de la aristocracia: los Hohenzollern. Tal vez el símbolo más adecuado para decorar el despacho de este aviador inconfundible, habría sido la cabeza humana disecada que sobre un vistoso soporte conservaba el jefe del campo de concentración de Auschwitz. Herman Goering fue condenado a la horca en Nuremberg y denegada su solicitud de conmutarle la soga por el fusilamiento. Se suicidó con una ampolla de cianuro que obtuvo subrepticamente en la cárcel.